

Del Teatro de Cervantes

Deseo divertirme esta noche. Las carteras de los muchos teatros de la ciudad anuncian obras del inmenso Shakespeare, del sutil Benavente y de Pirandello, el hombre de vida y de obra, ambas angustiosas, que supo negarle significado al tiempo mismo.

Nada de aquello me llama la atención. De todas maneras, quiero evadirme, por un instante siquiera, de la realidad de cada momento. En mi escritorio, que con frecuencia se transforma en el célebre tablado de Maese Pedro, está a la vista y convidándome a leer una de las comedias del inolvidable don Miguel. Teatro picaresco, si lo hay, es el que se me ofrece para olvido de cuanto es preciso no recordar.

Se abre la cortina imaginaria y los muñecos invisibles empiezan a moverse como si no fueran muñecos; se disponen a pensar, como si fueran hombres.

Domina la escena diminuta el inmenso don Pedro de Urde. Alguien modifica, con mala intención manifiesta, el apellido que ha de ser Urdemalas, pensando que, por sus pésimas artes, ha de conseguirle lustre y blasón.

No sabe tener queda la lengua en sus alabanzas; en las verdades, admirable mentiroso; en las mentiras, inimitable verdadero. Todos lo tienen por prudente, más que a un cura y más que a un doctor porque hijo fué de la piedra; con dieta y azotes aprendió las oraciones así como a padecer hambre de toda clase, las que le enseñaron también a maldecir y a renegar. Se acomodó—y cuán fácilmente al oficio rateruelo en el que obtuvo más que muy muchas victorias.

Quien lo bautizó le dijo, entre bromas y veras, que había de ser fraile y papa, rey y matachín. Lo creyó? Hubo, en él, duda alguna al respecto? Ni lo uno, ni lo otro. A todo era preciso responder: Y sea lo que fuere! Allá va todo!

De él esperan ayuda de hombre discreto, todos, excepto él mismo.

Ciego de mentirijillas, quiere orientar a quienes, teniendo ojos y bien abiertos, no son capaces de ver sino cuanto no desean, que es lo que ve un desdichado.

Siempre en trazas de embustero, es, único en todos los embustes; fraguador de los ardidés se viste luego de ermitaño para ofrecer y ofrecerse valor, honra y caudal. Como tal ermitaño prepara el real camino de la gloria, promete a cambio de numerosos y míseros doblones, sacar almas del purgatorio en donde están mejor de como estuvieron y en donde han de permanecer hasta la consumación de los siglos a pesar de los ensalmos y las bendiciones, del gran urdidor de engaños que se llama don Pedro de Urdemalas.

No piensa esperar el éxito del acaso; sin embargo, sabe que el hombre ha de ser honrado, mientras pueda: recatado, en lo posible y atrevido, ojalá nunca, porque es prudencia prevenir el peligró.

Viene ahora disfrazado de estudiante con manto y birrete; dice que un solo vestido cansa; con la variedad se muda la voluntad y el espíritu encuentra el reposo que necesita. Qué de trajes diferentes! Qué de oficios, varios! Qué de lenguajes distintos! Naturalmente es necesario ese cambio puesto que don Pedro es hombre que vale por ciento para llevar a cabo cualquier desatino. No logra que sus hechos vuelen hasta los reinos más apartados? No le es posible, con dos únicas gallinas, arrancar dos cautivos de manos de los tiranos de Argel? No puede convertirse en ciego que, sin vista ve cuantos fraudes corren por este mundo de Dios?.

Pero don Pedro de Urdemales logra hacer una realidad de la binaventuranza que alguien leyó en su porvenir oscuro. Llega, con una facilidad sólo suya, a ser patriarca, pontifice, estudiante, emperador, monarca. Le basta convertirse y poco lo piensa, en farsante, es decir en cómico. Como es agudo embustero, incansable hablador, quién podrá hacerlo mejor que el bueno de don Pedro? Es el mejor de los mejores y, como tal, es capaz de meter dos docenas de sentencias, propias o ajenas, que al mundo han de causar maravilla.

Por qué es admitido en el reino alegre de los comediantes? Sencillamente porque posee memoria que es un prodigio, lengua más que suelta, buen talle de galán con ventura; sabe resucitar la fábula dormida en los folios amarillos, le es posible sacar lágrimas de la risa y lo que más difícil es, risa del llanto.

Está hecho una quimera, sin embargo, como buen hijo de don Miguel de Cervantes, engaña, enreda, miente, ejerce el rateruelo oficio no por motivos de maldad sino tratando de hacer el bien. Característica fundamental de la picaresca es la actitud citada. Su misión es quijotesca; deshacer lo que está mal hecho, enderezar lo que otros torcieron, defender a quienes lo necesiten.

Ni egoísta ni pervertido, ni pecaminoso. Serená, risueñamente mira en las almas de los demás; las compara, modesto o vanidoso, con la propia y del cotejo minucioso resulta lo que debe hacer, que en todos los momentos es de beneficio para sus semejantes.

Deseando hacer el bien parece que realiza acciones malas. Miente, ansiando, en lo íntimo, que la propia mentira, por artes divinas o diabólicas—de eso él no entiende—se convierta en realidad.

Y la comedia se devanece después de haberme hecho aspirar, de pronto, el recuerdo inolvidable de la gitaniña que aquí es bastante ingrata.

Al final, cuanto en el escenario para la comedia que Pedro de Urdemalas y sus compañeros han de urdir en honor del rey enamorado y de la reina loca porque no hay celos sin locura y sin amor, que es también falta de juicio me parece entrever ya los atrevimientos de la literatura dramática actual que mucho tiene de la amargura y de la chispa del admirable carácter cervantino.

Al cerrarse la invisible cortina en el supuesto tinglado, don Pedro de Urdemalas me repite con acento de catedrático que sabe lo que quiere decir.

La mudanza de la vida, mil firmezas desbarata:

olvida sólo en una hora lo que en mil siglos aprende.

José Fabio Garnier